

DOMINGO MARRERO VISTO DE CERCA

Por: Lic. William Fred Santiago

Era bueno, era noble, era lo que hay que ser, cuando se lleva al bombo la piedra del deber. Y él la supo llevar, esa piedra de hierro, viendo hacia arriba el águila y hacia sus pies el perro.

RUBEN DARIO

Agradezco en todo lo que vale la gentileza que tuvieron los organizadores de este acto al permitirme poder participar del mismo. Mi palabra de gratitud sea para Viola Meléndez, amiga buena y para los demás que planificaron este acto. Siempre hubiese estado hoy aquí. Ahora lo hago con temor y temblor, porque hablar de Domingo Marrero Navarro es tema de oratoria sagrada. Bueno es que los amigos del Amigo ausentemente presente recordemos siempre la vida y pasión de Domingo Marrero Navarro, porque todo lo que aquí hacemos lo realizamos en su nombre y Ad Mayorem Dei Gloriam.

Permitidme unas líneas ligeras sobre lo que sin que ello constituya una herejía se me antoja llamar "La Divina Gentileza de Domingo Marrero Navarro". El era divinamente gentil, divinamente fino, divinamente bueno, era en síntesis el amigo. Los que tuvimos el privilegio y el regalo de Dios de conocerle y de prestigiarnos con su amistad y compañerismo, podemos decir que era la suma de lo que los hombres mortales conocemos como la amistad. Para los que medimos el pasar del tiempo por la desaparición de los seres queridos en lugar de fijarnos en el desprendimiento de las hojas de un calendario, la partida del gran Amigo, ha ocasionado la congoja del tropel de recuerdos de una era feliz, que se ha ido para nunca más volver. Sus 51 años, más que toda una vida, fueron toda una época. Poncño de pura cepa con sabor a quenepa criolla, quien sin dejar de ser nunca Poncño fue puertorriqueño de cuerpo entero y en su más amplia dimensión, vivo exponente de la cultura de occidente. La divina gentileza que enmarcó toda la vida del Amigo ausentemente presente podría sintetizarse literalmente en esta forma: Era servicial, sincero, íntegro, bueno, honesto, humano, sencillo y sin dobleces. Resumiendo era nada menos que todo un hombre lleno de virtudes y de limitaciones, en síntesis un hombre de carne y hueso. Santo y pecador pero redimido de Dios.

Plutarco dijo que una señal de los pueblos grandes era ser ingrato con sus hombres grandes. Marrero visto de cerca sufrió la ingratitud de muchos que no supieron responder a la altura en que venían obligados para con él.

que siempre vió en los otros no lo peor que hay en ser humano y sí lo mejor. Para ponerlo en palabras de él mismo, el hombre siempre fue para Marrero posibilidad humana de algo mejor. Hubo un momento en la vida de este Santo, en que la envidia y la pequeñez de espíritu pudieron más que la razón y la lógica. Cuando le llamo Santo lo digo en la aceptación correcta de la palabra que quiere decir "separado", ya que supo experimentar que en la potencia de Dios se hace perfecta la flaqueza del hombre y que el hombre cuando es débil, en Dios es que se hace fuerte. Todas sus humanas debilidades se hicieron fortaleza en su vida religiosa y en el conocimiento que tuvo de la persona de nuestro Señor Jesucristo. Digo que Marrero fue un Santo, no porque no sufriera de las debilidades humanas a que todos estamos sujetos sino que al sufrir y padecer dichas debilidades humanas, luchó con el Angel al igual que Jacob en el Antiguo Testamento y por ello recibió la bendición del Cielo. Y en esa hora de envidia sin perderle el púlpito lo ganó la docencia que él supo traducir en cátedra sagrada.

En el libro *Meditaciones*, Ortega habla de Pío Baroja y dice sobre él: "Era un hombre de encrucijada".

Domingo Marrero fue ciertamente un hombre de encrucijada, donde se dieron cita muchos caminos paradójicos, de inquietudes, de dudas, de afirmaciones, de negaciones, de rebeldías y sometimientos. Valga decir acto seguido que a lo único que se sometió a lo largo y a lo ancho de su larga y ancha vida fue al imperio del amor que vale decir al imperio de Dios. En esta encrucijada en que se tejió toda su vida, se dieron cita y realizaron matrimonio feliz, su fe y su cultura. Una fe culta y una cultura fiel.

¿Cómo era su fe? A mi nunca me sorprendió la fe que Domingo Marrero tenía en Dios. Me sorprendió la fe que tenía en el hombre. Su fe no era de asentimiento servil ni de conformismo fácil. Creo que Marrero sostenía a su fe y no su fe a él. En otras palabras, su fe no era de carbonero, al decir de Don Miguel de Unamuno. En su fe había momentos de duda, porque la suya fue una fe normal de hombre de carne y hueso.

¿Cómo era su cultura? Dicen los que le vieron llegar desde la Central Aguirre, donde trabajaba de día y estudiaba de noche y donde trabajaba de noche y estudiaba de día, que al instalarse en el Seminario Evangélico de Río Piedras, su maleta en vez de ropa lo que contenía eran libros. Ya habría entrado en diálogo con los grandes clásicos del pensamiento Europeo y Americano. No era él un lector resbaladizo sino que dijera lo que leía y asimilaba mucho de lo mucho que leía. Gustaba de la literatura, del ensayo, de la poesía, de la filosofía, de la teología y de todas aquellas disciplinas que requerían profundidad y altura. Tenía pues una cultura amplia e integral que fue acrecentando al paso de los años en calor constante con los libros y con sus hermanos, los hombres.

Su cultura y su fe se relacionaron en forma positiva, puestas ambas al servicio de los dos grandes amores que sirvieron de rectores a toda su vida. Esos dos amores fueron la Iglesia y la patria que le vió nacer. Su cultura le dió a su fe una dimensión universal, no fue hombre de mentalidad

municipal. Su mente rica en imágenes y conceptos le permitió estructurar una fe amplia, generosa, comprensiva. No se convirtió como otros tantos en un Robespierre Protestante, guillotinando a los que no creyeran como él. No hizo de su experiencia religiosa una fábrica de etiquetas para faltar el respeto de la dignidad humana, dividiendo a los hombres en ortodoxos o heterodoxos, liberales o fundamentalistas, buenos o malos, santos o pecadores, salvos o perdidos. Esa clasificación en el caso que fuera válida, corresponde a Dios hacerla y no a ningún hombre.

Finalmente déjenme explicar lo que vengo diciendo. La cultura y el conocimiento gigante que poseía Domingo Marrero le dieron un sentido humanista a su fe y su fe le dió a su cultura una dimensión básica que se me ocurre llamar *humildad*. Porque la divina gentileza que había en Domingo Marrero lo hizo un hombre humilde con una interpretación funcional de lo que es humildad cristiana. No hubo en él humildad de pose y teatro, cara de rostro largo y mirada lánguida. No fue su humildad una de falsa santidad. Su humildad tenía columna vertebral. Era humildad con dignidad, con la dignidad gloriosa de los Santos de Dios. Sabía y sabía mucho, pero no vivía empeñado en demostrar que sabía, porque sabía para servir y no para humillar y deprimir al que supiera menos. Su cultura fue instrumento de servicio al prójimo. Hay hombres cultos que hacen de su cultura un acto de alejamiento y de separación. Son los que antes o después de su nombre colocan todo un abecedario de títulos y grados académicos. Hablar con ellos deprime a contrario sensu, hablar con Domingo Marrero o sobre Domingo Marrero enaltece y estimula.

La casa de Domingo Marrero en Glorieta 4, en el Seminario Evangélico ó en Almirante Pinzón era la casa del amor, de la inteligencia y del corazón. Allí nos dábamos cita los que queríamos verle de cerca y estar con él. Recuerdo que fue un sábado del mes de junio de 1960, cuando le vi por última vez, estábamos allí aquella mañana el Profesor Tony Meléndez, un Profesor Cubano, que si mal no recuerdo era el Profesor Aja, quien regresaba a la sazón de Alemania para aquellos días. Allí en esa casa del amor, de la inteligencia y del corazón, fueron muchos los que tejieron en el cañonazo de los recuerdos, infinidad de experiencias que no podrán borrarse ni en el tiempo ni en el espacio, porque pertenecen a la eternidad. En agosto de 1960 recibí en Accra-Ghana un cable amargo, en donde se me informaba que el Amigo bueno había entrado a vivir en el gran Misterio. Cinco (5) años ha que nos dejó físicamente el Amigo eterno. Todavía nuestro espíritu está a media asta y se nos hace difícil entender los grandes designios de Dios. Queremos recoger aquí y ahora, algo que nos llegó desde la Argentina y que desde allá, escribiera el Profesor José David Rodríguez, Teólogo y Ministro de Dios. Su poema tiene vigencia hoy como ayer y es por ello que aquí lo quiero recoger:

EL LIRIO JUNTO A LA CRUZ

Llanto amargo de pechos sin sosiego
que amaron al amigo,

no es la ofrenda de amor para el que vive
en mansiones de gracia,
con los santos de Dios, ya redimido.

El lamento infecundo cese pronto,
¿os acordáis que os dijo:
"Más allá del dolor del Viernes Santo
proyéctase la Aurora
luminosa y feliz de otro Domingo"?

Amigos, no haya duelo;
cesad, oh bronces, de gemir dolidos
por Domingo Marrero.
Haya paz en los pechos que le amaron.
Hoy florece en su cruz el blanco lirio.

El último nombramiento que recibió el Profesor Domingo Marrero en nuestra Universidad fue el de Decano del Colegio de Estudios Generales. Se nos ha informado que dicho Colegio llevará su nombre. Las clases ya no serán las mismas porque todos recordarán al inolvidable. Pasarán los meses. Y los años. Los árboles cambiarán sus hojas, vendrán otoños y pasarán inviernos, maestros y ministros, nacerán crecerán y predicarán. Volverán a enardecer a las muchedumbres y las aulas con discursos y conferencias y se recordarán los tiempos idos...Y empezará un curso escolar universitario y vendrá la semana de orientación y en la bienvenida le dirán al recién llegado "Estás entre los tuyos, en la Casa de Estudios". Y al preguntar el recién llegado, refiriéndose al Colegio de Estudios Generales le dirán "Esta es la casa de la amistad...y se llama Domingo Marrero Navarro".

Porque Domingo Marrero Navarro más que maestro, ministro, filósofo o teólogo para mí fue un poeta, un poeta del amor, de la vida, de la muerte, de la eternidad y de ahí su divina gentileza. Y recordando al poeta, Domingo Marrero, cuyo mejor poema fue su vida, terminó con unos versos de la España ingente del Siglo 16.

DE TI, MUERTO JESUS

De ti, muerto Jesús, nace la vida
porque muriendo a la muerte diste muerte
y de tu amor nos vino aquella muerte
que nos levanta a nueva y mejor vida.

Muerte más venturosa que la vida,
pues libra al hombre de la eterna muerte;
y así, mayor tesoro que tu muerte,
nunca le tuvo ni tendrá la vida.

Del sentido la vida me da muerte,

porque tu muerte puede darme vida
que no tema las fuerzas de la muerte.

Muriendo vivo y muero estando en vida
y estoy tan deseoso de esta muerte
que por poder morir, amo la vida.

PEDRO DE PADILLA,
España, Siglo XVI.

Señores y Señoras, he dicho y he dicho bien, por que he hablado sobre
el tema de la Amistad, sobre Domingo Marrero Navarro, que es tema de ora-
toria sagrada.